

**BREVE HISTORIA DE LOS
PREMIOS NOBEL
DE LA LITERATURA I**

Juan Bravo Castillo



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve Historia de los Premios Nobel de la Literatura I*
Autor: © Juan Bravo Castillo

Copyright de la presente edición: © 2022 Ediciones Nowtilus, S. L.
Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: ExGaudia, Asociación Cultural

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-1305-217-5
Fecha de edición: febrero 2022

Para Llanos, mi esposa,
y para mis tres hijos,
Alicia, Diana y Juan.

Índice

Prólogo de Fernando Arrabal	13
Presentación	17
Capítulo 1. Los premios literarios.....	23
Capítulo 2. Alfred Nobel: historia de un genio	35
Capítulo 3. La Fundación Nobel	45
Capítulo 4. Procedimientos de nominación y adjudicación	51
Capítulo 5. Criterios de concesión.....	55
Capítulo 6. Los premios Nobel y su contexto histórico	59

La época «regionalista»	59
Marco histórico: la «Belle Époque»	
El sistema de bloques.....	59
Relación de galardonados:	
de Prudhomme a Pontoppidan	63
Sully Prudhomme (1901)	69
Theodor Mommsen (1902)	71
Björnstjerne Björnson (1903)	75
Frédéric Mistral (1904).....	79
José Echegaray (1904)	83
Henryk Sienkiewicz (1905)	86
Giosue Carducci (1906)	90
Rudyard Kipling (1907)	93
Rudolf Christoph Eucken (1908)	97
Selma Lagerlöf (1909)	100
Paul Von Heyse (1910).....	105
Maurice Maeterlinck (1911).....	109
Gerhart Hauptmann (1912).....	112
Rabindranath Tagore (1913).....	116
Romain Rolland (1915).....	120
Verner Von Heidenstam (1916).....	123
Karl Adolph Gjellerup (1917)	126
Henrik Pontoppidan (1917).....	129
Tímido aperturismo: los años de entreguerras	133
Marco histórico: El final de una época.	
Periodo de entreguerras	133
Relación de galardonados:	
de Spitteler a Sillanpää.....	142
Carl Spitteler (1919).....	151
Knut Hamsun (1920).....	155
Anatole France (1921)	159
Jacinto Benavente (1922)	163
William Butler Yeats (1923)	167

Wladyslaw Reymont (1924)	172
George Bernard Shaw (1925)	175
Grazia Deledda (1926)	180
Henri Bergson (1927).....	183
Sigrid Undset (1928)	187
Thomas Mann (1929)	191
Sinclair Lewis (1930).....	197
Erik Axel Karlfeldt (1931)	200
John Galsworthy (1932)	203
Iván Bunin (1933)	206
Luigi Pirandello (1934)	210
Eugene O'Neill (1936).....	214
Roger Martin Du Gard (1937)	217
Pearl S. Buck (1938).....	220
Frans Eemil Sillanpää (1939).....	226
La progresiva consolidación del Nobel.....	230
Marco histórico: de la «Guerra Fría» a Mayo del 68	230
Relación de galardonados:	
de Vilhelm Jensen a Yorgos Seferis	237
Johannes Vilhelm Jensen (1944).....	240
Gabriela Mistral (1945)	243
Hermann Hesse (1946)	247
André Gide (1947)	250
Thomas Stearns Eliot (1948)	255
William Faulkner (1949)	259
Bertrand Russell (1950).....	266
Pär Lagekvist (1951).....	271
François Mauriac (1952)	276
Winston Churchill (1953).....	279
Ernest Hemingway (1954)	282
Halldór Kiljan Laxness (1955).....	287
Juan Ramón Jiménez (1956).....	291

Albert Camus (1957).....	297
Boris Pasternak (1958)	304
Salvatore Quasimodo (1959)	306
Saint-John Perse (1960)	309
Ivo Andric (1961).....	313
John Steinbeck (1962).....	317
Yorgos Seferis (1963)	322

Prólogo de Fernando Arrabal

Fernando Arrabal, Trascendente Sátrapa:

Siempre que se le preguntó a Borges, en mi presencia, por el Premio Nobel, respondió encantado. Atendía risueño y educado a todas las preguntas que se le formulaban, lo mismo en París que en Milán, o que pasando por el Polo (sí, sí) o en Tokio; antes de que yo mismo realizara sobre él, mi séptimo y último (¿y mejor?) largometraje.

¿Cómo decir sin parecer lagotero que los grandes premios literarios son evidentemente prestigiosos? ¿Como a menudo la mayoría de los trofeos que se otorgan aquí y allá? Cuando el clon de la Chita de Tarzán se convierte en el enanito de Blancanieves. ¿Casi siempre los jurados de los galardones y especialmente del Nobel suelen actuar

con equidad? En esta época de maremotos hasta con un escúter se descubre el fuego. Se olean con hinchas los casos de Joyce, Kafka, y del mismísimo Borges. ¿Es lógico que un jurado que carece del don de infalibilidad no siempre acierte? Pero a veces lo consigue. Como en el caso de Beckett.

En general estos premios ¿cambian tan solo la vida doméstica de una parte de los premiados? Suzanne Beckett (con su marido) dejaron de vivir en 12 metros cuadrados. Ella se compró lo mejor que podía conseguir con el millón. Un pisito en París, seis veces mayor. Por inadvertencia asomado a las galerías de la cárcel de la Santé. Como despertador ¿tuvieron que adquirir una serpiente de cascabel?

Jean-Paul Sartre rechazó el premio y el millón. ¿A lo legionario! Pero a última hora, cuando no tenía con qué pagarse «ni un par de calcetines», recuperó el cheque. ¿Hay quién se vuelve mendigo o «clochard» a causa de sus quimeras? Me contó «le Castor» (Simone de Beauvoir) que, poco antes de su ocultación, Sartre le preguntó: «¿Cómo haremos para hacer frente a los gastos de entierro?». Los académicos suecos le devolvieron lo que era suyo. Olvidando que les había expectorado. Y no por el colmillo.

Los escritores no recipiendarios del Nobel ¿no suelen quejarse? Alfred Jarry antes de morir de hambre hubiera podido recibir siete premios Nobel. Hasta su último suspiro actuó como si en todo porvenir no hubiera futuro. Hacía mucho tiempo que Jarry, en sus veredas, ¿no vivía en tiempo real?

El Nobel, felizmente, otorgó su primer premio español al primer escritor contemporáneo de aquí: Echegaray. En el ruedo, los más ínclitos

consideraron que había sido un accidente: como si a la Dama de Elche le hubieran escayolado las piernas. «Ipsa facto» los más huracanados le sambenitaron con un manifiesto para «entrabarle» definitivamente. Estos enfurecidos recordaban escandalizados el artículo del gran superdotado sobre la Inquisición titulado «la sogá de Lavapiés». Los manifestantes, entre improperios, le descalificaron inventando que «Echegaray representa a una España corroída por los prejuicios y la superchería». ¿Y se quedaron tan anchos? Incluso los manifestantes más rojos ¿tenían ya glóbulos blancos?

Durante mi adolescencia madrileña se representó con gran éxito el recochineo: «Un drama de Echegaray ¡ay!». Entonces ¿algunos no reflexionaban por temor a ser influenciados? La chirigota se había estrenado en el Teatro Calderón de Barcelona con Fernando Fernán Gómez. El lavado de cerebro no es nada, ¿luego había que secarlo?

Al saber que había un busto del genio Echegaray en el Banco de España (su obra) fui, con amigos, dos veces, para intentar rendirle homenaje. La primera ni siquiera pude traspasar el umbral. No fue imposible atravesar aquella «vereda» y «traba» más que «road».

El autor nació cien años antes que yo. Mantuvo siempre una actitud distante con su poesía y su teatro. A pesar de contar con la admiración de Luigi Pirandello, August Strindberg o Bernard Shaw. En el reino de los ciegos, los lazarillos son reyes. Sus piezas, como «O locura o santidad», se representaron en medio mundo. Él solo se consideró un hombre de ciencia. Buda ¿nunca entró en una pagoda?

Con Echegaray comienzan «la matemática y la física españolas de los siglos XIX y XX» (según Rey Pastor). En 1907, a propuesta de Ramón y Cajal, la Academia de Ciencias creó la «Medalla Echegaray». Escribió tratados sobre la teoría de determinantes, la geometría de Chasles, las funciones elípticas, la termodinámica, y un largo etcétera. Pero ¿cuánto dura el comienzo de un tratado? Desgraciadamente no pudo terminar su «magnum opus» de Física matemática: solo pudo concluir 25 de sus tomos... El reloj biológico ¿hay que abrirlo para conocer el tiempo?

Inmerecidamente he recibido premios como el «Ludwig Wittgenstein» de filosofía, el «Pier Paolo Pasolini» de cine, o del Colegio de Patafísica, el cual me ha nombrado (substituyendo a Boris Vian y Eugène Ionesco) «promotor insigne» de su «orden». ¿Es una función ideal?: sin voz ni voto.

Para la Patafísica, el premio Nobel no es «un pesado hándicap». De hecho un par de veces Nobel ha galardonado a dos de sus cuarenta y nueve elegidos. Somos «Trascendentes Sátrapas» (sin merecerlo ni remotamente en mi caso): Marcel Duchamp, Mandelbrot, Simone Leys, Ionesco, Boris Vian, Miró, Baudrillard... La tierra es redonda, ¿pero los hay que la prefieren lisa? Mucho tendría que cambiar el mundo y sus «grandes premios» para imaginar ¿que por el mar corre la liebre...?

«How many roads must a poet walk down», dijo el premio Nobel Bob Dylan,

fa

Presentación

La envergadura del tema abordado en esta obra y la naturaleza intrínseca de lo que, en palabras de James Joyce, podríamos denominar *work in progress* (cada año un nuevo galardonado), han movido al editor a presentar esta *Breve Historia de los Premios Nobel de Literatura* en dos volúmenes.

Este que el lector tiene hoy en sus manos da cuenta del nacimiento de tan controvertido premio y de sus peculiaridades con respecto a los demás. Decía Stendhal que, en los orígenes de las grandes fortunas y de los apellidos ilustres, había invariablemente una *catin sublime*.

Pues bien, en lo que se refiere al Nobel, podríamos añadir algo parecido cuando vemos que fueron, en gran medida, los remordimientos por el lamentable uso que los militares hicieron de un invento que lo único que pretendía era ser un poderoso artefacto en manos de la ingeniería, los que animaron a Alfred Nobel a emplear su enorme fortuna –obtenida no solo con su más célebre invento, la dinamita, sino con otros más de trescientos.

Toda la vasta maquinaria puesta en movimiento por los encargados de cumplir sus últimas voluntades (pensemos que el Nobel de Literatura, objeto de estudio de esta obra, es únicamente un eslabón de seis: Medicina, Física, Química, Economía y Paz), estuvo marcada, lógicamente, por lo escrito en el testamento de Alfred Nobel. Concretamente, dice al respecto: «una parte (la correspondiente al Nobel de Literatura) a la persona que hubiera producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del ámbito de la Literatura». Esa «tendencia idealista», aplicada al pie de la letra, explica que, durante las primeras décadas del siglo xx, autores de enorme prestigio mundial como Zola, Tolstói, Pérez Galdós, Proust o Joyce –que hubieran podido engrandecer el galardón con su propia celebridad y su renombre–, fueran obviados por el comité correspondiente. Algo parecido podemos decir de las personalidades más ilustres de las vanguardias –en especial André Bréton, creador, con Philippe Soupault, del surrealismo, movimiento crucial en el que beberán muchos galardonados. Todo lo que, en

mayor o menor medida, dejara de participar de la doctrina idealista europea —la predilecta para el propio Alfred Nobel, que en su juventud había hecho sus pinitos poéticos—, fue considerado inadecuado. Descartar tendencias como el realismo flaubertiano y, sobre todo, el naturalismo zoliano, fue todo un lastre para el Nobel, que necesitó bastantes años para actualizarse.

Ello explica lo que hemos dado en denominar el carácter «regionalista» de lo que consideramos primera etapa o época del Nobel, los años de la «belle époque», en los que unos cuantos países copan la mayor parte de los premios —Francia (3), Alemania (4), Suecia (2), Dinamarca (2), y luego España, Polonia, Italia, Reino Unido, Bélgica, con un galardón por país. Nombres, por lo demás, en su mayoría, bastante desconocidos fuera de su ámbito (como es el caso del francés Sully Prudhomme, o del español José Echegaray), por no hablar de otros, conocidos dentro de los ámbitos de la historia (el alemán Theodor Mommsen), o de la filosofía (caso del también alemán Rudolf Christoph Eucken), lo que demuestra el evidente propósito de extender el ámbito de la literatura hacia la historia y la filosofía, disciplinas que habían quedado fuera de las disposiciones de Alfred Nobel.

Una primera etapa, pues, esencialmente gris, en la que apenas se puede destacar alguna notable personalidad más allá del poeta italiano Carducci (1906), el narrador británico Rudyard Kipling (1907), el dramaturgo belga Maurice Maeterlinck (1911) —antepuesto al gran Henrik

Ibsen—, o el novelista francés Romain Rolland (1915). Y, como siempre, la excepción o nota exótica con el gran Rabibdranath Tagore, poeta indio en lengua bengalí pero perfectamente conocido en Europa en 1913, fecha en que la Academia Sueca le otorgó el Nobel. Otra nota curiosa fue la concesión en 1909 del galardón a una mujer, Selma Lagerlöf, sueca, autora del célebre libro *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*.

La Primera Guerra Mundial y el periodo de entreguerras conllevaron un tímido aperturismo, especialmente desde el momento que la Academia ponía su punto de mira en personalidades de la talla de los irlandeses William Butler Yeats (1923) y George Bernard Shaw (1925), o la del alemán Thomas Mann (1929). Un paso crucial, sin embargo, fue la decisión de la Academia de cruzar el Atlántico y abrirse a los Estados Unidos, que tan importante papel habían desempeñado en una guerra que parecía no tener fin. El primero en romper la barrera fue Sinclair Lewis (1930), seguido de Eugene O'Neill (1936) y Pearl S. Buck (1938) —cuarta mujer que recibía el galardón después de la citada Lagerlöf, la italiana Grazia Deledda (1926) y la noruega Sigrid Undset (1928). Anclado, no obstante, en sus viejos prejuicios, el comité del Nobel seguía incurriendo en errores de bulto, como el de otorgar el Nobel a Henri Bergson en 1927, brillante filósofo, pero no literato, obviando nada menos que a Marcel Proust, con quien Bergson estaba emparentado (su esposa era prima de Proust).

Concluida, sin embargo, la Segunda Guerra Mundial (entre 1940 y 1943 no se entregó ningún premio) y, tras unos inicios vacilantes, la Academia se abrió a Chile, otorgando, en 1945, el galardón a otra mujer, Gabriela Mistral (la quinta desde la creación del Nobel). Con el inicio de la «guerra fría», por fin, la Academia Sueca daba el tan ansiado salto iniciando un proceso de consolidación que se prolongaría bastantes años por culpa de su política indecisa y hasta podríamos calificar de oportunista. De ese modo, y mientras que sucesivamente galardonaba a cuatro autores de altísimos méritos –el suizo Hermann Hesse (1946), el francés André Gide (1947), el británico T. S. Eliot (1948) y el estadounidense William Faulkner (1949)–, acto seguido daba la de arena, coronando, en 1950 y 1953, a los británicos Bertrand Russell y Winston Churchill, personalidades excelsas, aunque no en el ámbito estrictamente literario.

El año 1954 supuso un hito importante en el devenir del Nobel, con la concesión del galardón al estadounidense Ernest Hemingway. Fue un encuentro fructífero, ya que si bien él lo ansiaba, no menos falto estaba el premio de publicidad. Durante los años siguientes, dejando a un lado algún nombre irrelevante, la Academia fue aumentando su prestigio a la vez que nombraba sucesivamente al español Juan Ramón Jiménez (1956), al francés Albert Camus (1957), al ruso Boris Pasternak (obligado por el gobierno soviético a rechazarlo, en 1958), al italiano Salvatore Quasimodo (1959), al francés Saint-John Perse (1960) y de nuevo a

otro estadounidense, el popular novelista John Steinbeck (1962). Se cerraba esta tercera etapa con el poeta griego Yorgos Seferis (1963), antes de que, justo al año siguiente, el siempre polémico Jean-Paul Sartre decidiera, por su cuenta y riesgo, rechazar el Nobel, con el consabido escándalo.

1

Los premios literarios

Un *premio* literario es una recompensa simbólica, crematística, o ambas cosas a la vez, concedida a un escritor por un texto –relato, poema, ensayo, etc.–, un libro concreto o como culminación del conjunto de su obra. Esta práctica, además de ser multiforme, viene de lejos. Sin embargo, fue a comienzos del siglo xx –época en que dicha fórmula se extendió a otros muchos ámbitos de las letras– cuando los premios literarios empezaron a desempeñar un papel importante en la promoción de la literatura.



Anuncio de la concesión del Premio Nobel de Literatura 2008 en la Academia Sueva de Estocolmo. Foto de: Horace Engdahl (Prolineserver, Talk - Trabajo propio, CC BY-SA 3.0).

La atribución de premios y recompensas a escritores y poetas fue, como decíamos, una costumbre muy generalizada desde la Antigüedad. En el mundo griego era usual otorgar honores a los poetas famosos, y las justas y juegos florales europeos que han sobrevivido hasta nuestros días, comenzaron en la Edad Media. Estos certámenes eran, sobre todo, de carácter poético, y a los bardos ganadores se les obsequiaba con una pequeña flor, y más que a beneficios materiales, los concursantes aspiraban, por lo general, a ganar prestigio, flores, alabanzas, e incluso, en determinados casos, besos de alguna doncella. Ahora bien, ya por entonces, la honestidad de los jurados era un asunto controvertido. Nada extraño que, en la segunda parte, capítulo XVIII del *Quijote*,

Cervantes, por boca de su héroe, aconseje que en los versos de justa literaria «procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero se lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se lo lleva la mera justicia; y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades. Pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*».

El auge de las Academias favoreció este tipo de iniciativas. En el siglo xvii, concretamente, la Academia francesa creaba un premio de elocuencia, y en el xviii, con la proliferación de este tipo de instituciones, los concursos y los premios se tornaron legión. Se sabe que el propio Jean Jacques Rousseau se dio a conocer como literato en Francia cuando la Academia de Dijon lo premió por su célebre *Discurso sobre el origen de las ciencias y de las artes*.

Nada más iniciarse el siglo xx, como puestos de acuerdo, nacían dos premios que imprimirían un nuevo sesgo al panorama literario: el primero, en 1901, el Premio Nobel de Literatura, objeto de análisis en este libro, con el que su creador, Alfred Nobel, como veremos, pretendía reconocer y apoyar el conjunto de la obra de un autor de prestigio con el fin de que este pudiera consagrarse a su trabajo sin acucios económicos de ningún tipo. Era un premio internacional y no hacía distinción de géneros; el ganador podría ser un poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, etc. La fórmula, aunque iniciada de una forma indecisa, terminaría

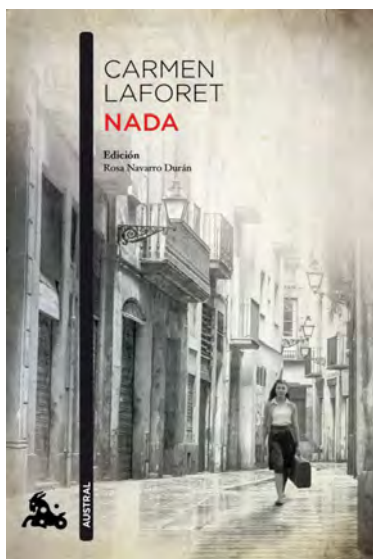


Marcel Proust obtuvo el Premio Goncourt en 1918. Actualmente, el Goncourt está dotado de una cantidad económica simbólica.

imponiéndose, como veremos. El segundo, el premio Goncourt, en 1903, creado en honor de los célebres hermanos Jules y Edmond de Goncourt, destinado a fomentar el género novela en lengua francesa, adquirió un enorme prestigio desde el momento, sobre todo, en que el jurado, tras una polémica actuación, otorgaba el galardón, en 1918, a Marcel Proust por su libro *A la sombra de las jóvenes en flor*. En la actualidad, el Goncourt, a diferencia del Nobel, prima el prestigio simbólico sobre el crematístico, hasta el punto de que el ganador recibe como premio un billete simbólico de 10 euros.

Fue ya durante los años cuarenta, no obstante, cuando el concepto de premio literario adquirió un nuevo sesgo. Olvidada la figura

del todopoderoso mecenas, tan importante durante los siglos XVI, XVII y XVIII, únicamente los artistas procedentes de familias acaudaladas, como André Gide, podían permitirse publicar sin preocupaciones. Para los que adolecían de posibles, la empresa de dar a conocer su obra era tarea compleja que requería de ingenio y constancia. Concluida la Segunda Guerra Mundial, el auge de autores jóvenes exigía buscar una nueva fórmula por parte de las instituciones y las editoriales, con el fin de darles el empujón necesario en sus primeros pasos en el mundo de las letras. Más que prestigio y fama lo que necesitaba un joven valor era una ayuda financiera para vivir dignamente, escribir con un cierto desahogo y dar a conocer sus obras. Surgió por aquel entonces, aquí y allá, la figura del editor caballeroso, interesado por promover la cultura y provisto de un buen respaldo financiero familiar. Para este tipo de editor, la máxima ambición era hallar una voz nueva por la que apostar —el lucro vendría por añadidura—; en cierto modo era una nueva forma de mecenazgo. En España, merced a uno de estos premios, el Nadal, se dieron a conocer personalidades de la talla de Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Martín Gaité. Con parecidas pretensiones, José Manuel Lara creó, en 1952, el Premio Planeta. Los inicios fueron prometedores, concediéndose los cinco primeros años el galardón a autores jóvenes noveles, hasta que, en 1957, Lara, convencido de que era de todo punto imposible pretender sacar del anonimato todos los años a un genio o promesa



El Premio Nadal es un prestigioso premio español que sirvió para dar a conocer importantes y personales voces de la nueva narrativa en castellano, es el caso de Carmen Laforet, Rafael Sánchez Ferlosio o Carmen Martín Gaité.



de la literatura, imprimió un nuevo golpe de timón al premio, haciéndolo recaer en Emilio Romero, a la sazón director del conocido diario *Pueblo*. El fallo del jurado exigió una disculpa por parte del propio Lara, del jurado y naturalmente del ganador. Pero el precedente estaba sentado, máxime cuando se supo que todo había sido una maniobra perfectamente urdida por la editorial, que vio cómo de la noche la mañana se multiplicaban las ventas. Decisiones de esta índole hicieron un daño considerable a la literatura. Al mismo tiempo, surgían la figura del cazapremios (para quien lo estrictamente literario es secundario), especializado en acumular galardones como trofeos de caza; y el afán de lucro de muchas figuras consagradas que se prestaron al juego de la editorial de turno, acaparando reconocimientos y cerrando a menudo las puertas a autores que hubieran sido más merecedores que ellas y, desde luego, más necesitados. Sentado ese precedente, se empezó a plantear el siguiente dilema: ¿conceder el premio a un escritor consagrado, que a su vez prestigia el certamen, o bien otorgar el galardón a un autor desconocido, haciéndole justicia? En el primer caso, el comentario generalizado era: «¿Lo ves? Siempre ganan los mismos. Los premios están dados de antemano». En el segundo, los murmuradores, que siempre han sido y son legión, dirían: «¿Y a ese quién lo conoce?».

Este es el gran dilema en que se mueven las grandes editoriales, sobre las que llueven los manuscritos de escritores noveles y que, en la

mayoría de los casos, se devuelven —a veces ni eso— sin tan siquiera ser leídos, o se reconducen hacia sus respectivos premios. Alfaguara, Tusquets o Anagrama (Premio Herralde) son claros ejemplos.

Digamos, pues, que esta cómoda política editorial podrá ser todo lo rentable que se quiera —con un autor reconocido se arriesga menos y se gana más—, pero lo que nadie medianamente informado puede poner en duda es que el viejo y primer objetivo de un premio —el de buscar voces nuevas y sacarlas a la luz—, está a punto de pasar a la historia, con el consiguiente perjuicio del hecho literario (la de, si no genios, sí buenos escritores que, por no hallar un mínimo de reconocimiento, habrán acabado buscando un *modus vivendi* más o menos lejos de la literatura).

Por fortuna, en las dos últimas décadas han surgido aquí y allá pequeñas editoriales que, a base de tesón y perseverancia, hacen lo que hicieron en su día aquellos editores caballeros de antaño, trabajando honestamente y jugándose su propio patrimonio, a riesgo de que, una vez hallada la perla, vengan las grandes editoriales y se la arrebatan.

Durante los años sesenta y setenta, lejos de las componendas de las grandes editoriales, gobiernos e instituciones crearon premios que, con el tiempo, han alcanzado un gran prestigio. Tal es el caso del Premio Pulitzer, creado en 1917 por el editor judío húngaro Joseph Pulitzer, con el fin de promocionar la prensa escrita, la literatura y la composición musical

estadounidenses, el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallego, nacido en la Venezuela de 1967, y destinado a la promoción de la novela en lengua castellana; el Premio Turner Tomorrow, creado en Reino Unido, en 1969, y destinado a una obra de ficción inédita; el National Book Awards, creado en los Estados Unidos, en 1976; el Premio Erich Fried de poesía, creado en Viena. En los primeros años de este siglo, surgían otros dos galardones que hoy día gozan de altísimo prestigio: el Premio Franz Kafka, fundado en 2001; galardón literario de origen checo, que se falla anualmente en la ciudad de Praga y que está organizado por la sociedad Franz Kafka; y el Premio Man Booker International, galardón literario bienal de origen británico, creado en 2005, que premia la mejor obra escrita en inglés, independientemente de la nacionalidad del autor, con una remuneración económica de 50.000 libras que, en caso de tratarse de una traducción, será a repartir entre el autor y el traductor de la obra.

En España, en 1976, en plena transición, el Ministerio de Cultura creó el Premio Miguel de Cervantes, con el fin de honrar la mejor obra literaria escrita en castellano de todo el mundo. Los candidatos son propuestos por la Real Academia Española y las diferentes Academias de la Lengua de los países de habla hispana, así como por los ganadores de ediciones anteriores, que también pueden proponer a un aspirante. Dotado con 125.000 euros, es sin duda el galardón literario más importante en lengua castellana.

Tradicionalmente, se ha ido alternando a un autor español con otro hispanoamericano. También ha alcanzado gran prestigio el Premio Príncipe de Asturias, creado en 1981 (y que, en 2015, pasaría a denominarse Premio Princesa de Asturias, que anualmente se entrega en Oviedo como modo de honrar la labor científica, técnica, cultural, social y humana. Otro premio de gran prestigio internacional es el Premio Jerusalem, creado en 1963, de periodicidad bienal, que se entrega en la Feria del Libro de Jerusalén y que se destina a quienes luchan por la libertad en el contexto de la sociedad actual.

Digno de reseñar es, asimismo, el Premio Hans Christian Andersen, fundado en 1956, galardón bienal que premia la mejor obra literaria infantil en todo el mundo, de ahí que se le considere como el «Pequeño Premio Nobel». Otros premios literarios internacionales dignos de mención son: Los Grandes Premios de las Asociaciones Literarias, el Premio Aga Khan para la Ficción (creado por la *Paris Review* para el mejor cuento publicado en sus páginas), el Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán (creado en 1950 y que se concede en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt), el Premio Locus (creado en 1971 por la revista del mismo nombre y destinado a una novela de ficción, entretenimiento o terror), el Premio Nébulas (creado en 1965, destinado a novelas de ficción y fantasía), al igual que los Premios Hugo; el Gran Premio de la Francofonía, los Grandes Premios de las Asociaciones Literarias, o el

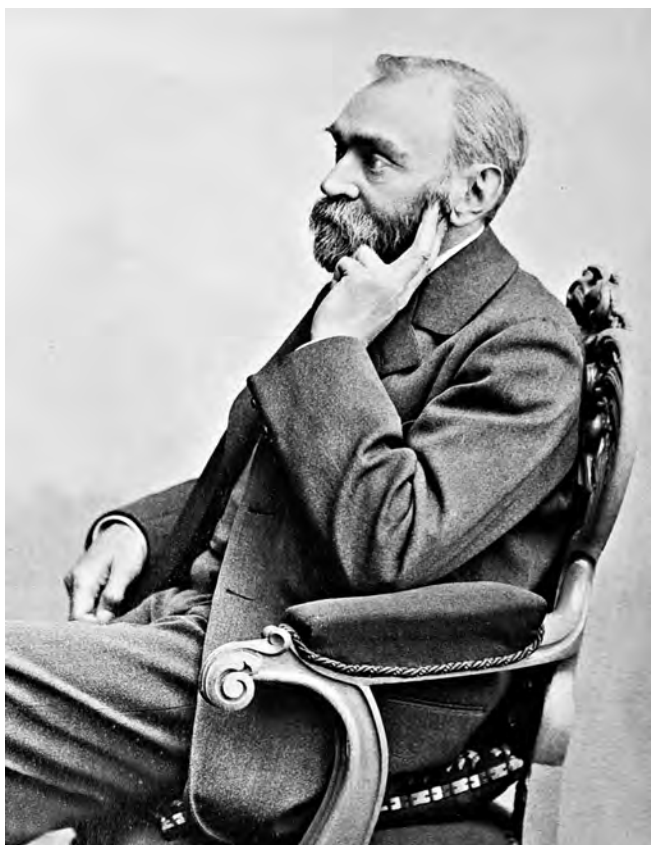
Premio Hawthornden, creado, en 1919, en el Reino Unido por una antigua mecenas, Alice Warrander.

Los premios literarios se han convertido hoy en día en una de las instituciones literarias más activas, dando lugar a menudo a todo tipo de polémicas. La más habitual es la referente a su carácter comercial. Son, por lo demás, legión los premios surgidos por doquier. En España hoy día no hay ciudad o incluso pueblo o asociación cultural que no se precien de patrocinar un concurso literario que se suele fallar durante sus fiestas patronales y en los que lo estrictamente literario hace mucho que dejó de ser lo esencial.

2

Alfred Nobel: historia de un genio

Alfred Bernhard Nobel fue sin duda el prototipo de una época (la segunda mitad del siglo XIX) en que el deslumbramiento del hombre por la ciencia alcanzó niveles inusitados. Nacido en Estocolmo el 21 de octubre de 1833 en el seno de una familia acomodada –su padre, Immanuel, era un conocido ingeniero dedicado a la fabricación de armas, y su madre Andriette Ahlsell, procedía de una familia adinerada–, Alfred Nobel (que no Nóbél) fue el tercero de cuatro hermanos varones: Robert (1829-1896), Ludvig Immanuel (1831-1888), Alfred y Emil (1843-1864).



Alfred Nobel, químico e ingeniero sueco que puso a punto un método para manipular la nitroglicerina de forma segura. Así nació la dinamita. Habiendo amasado una considerable fortuna, en su testamento dispuso que la mayor parte de la misma se destinara a la creación de una fundación que otorgara premios anuales a quienes trabajaran en beneficio de la humanidad en cinco campos bien definidos (imagen de Gösta Florman, The Royal Library).

Desde sus primeros años, Alfred se mostró como un niño despierto y dotado de una gran inquietud. En 1841, su padre viajó a Rusia en busca de nuevas oportunidades, y al año siguiente la familia abandonó la capital sueca y se reunió con Immanuel en San Petersburgo, donde a la sazón este había montado una fábrica de armamento, convirtiéndose en uno de los mayores proveedores de minas marinas para el ejército ruso, gracias a las cuales Rusia impidió que la Marina Real Británica se acercara a San Petersburgo durante la guerra de Crimea. En aquella hermosa ciudad, los hijos recibieron una esmerada educación en Ciencias Naturales, humanidades y en Lenguas Modernas. A los 17 años, Alfred se desenvolvía con fluidez, además de en sueco y ruso, en francés, inglés y alemán. Se sabe que tenía la costumbre de memorizar diccionarios enteros. La enseñanza que recibió Alfred se centraba en la Química, Física y Matemáticas, sin excluir la Filosofía y la Literatura. Su entusiasmo por Lord Byron y Percy Bysshe Shelley le llevó a adoptar, pese a su vocación declaradamente científica, un idealismo extravagante, un amor extremo por la humanidad, un carácter pacifista y un ateísmo rayano en lo fanático.

Mientras sus hermanos se quedaban en la fábrica, trabajando con su padre, Alfred se trasladó, en 1850, a París para estudiar Química. Allí, cuentan que conoció al químico italiano Ascanio Sobrero, quien tres años antes había inventado la nitroglicerina, líquido altamente explosivo, considerado extremadamente peligroso para ser utilizado, ya que podía estallar sin previo aviso si

se exponía al calor y a la presión. De París viajó a los Estados Unidos, donde permaneció cuatro años trabajando con el ingeniero y constructor de buques sueco John Ericson (1803-1889), artífice del acorazado de guerra *Monitor*. De regreso a Europa se incorporó a la factoría paterna, que pasaba por un mal momento, ya que, tras la finalización de la guerra de Crimea, los rusos prefirieron abastecerse con productos extranjeros. En 1859 se produjo la temida bancarrota. Immanuel regresó a Estocolmo, pero sus cuatro hijos permanecieron en San Petersburgo, donde fundaron una exitosa empresa petrolera.

En Estocolmo, mientras tanto, Immanuel logró rehacer sus negocios, montando sucesivamente varias fábricas de armas y explosivos (además de la de San Petersburgo), en la propia Estocolmo, en Krummel y en Winterviken. En 1863, Alfred, obsesionado con la nitroglicerina, regresó a Suecia, donde trabajó como químico en una fábrica de explosivos de Halenborg, con la intención de completar la formación que había iniciado en ese ámbito, pero encontró todo tipo de dificultades para establecerse por su cuenta, hasta que, por fin, logró proseguir sus experimentos en una barcaza para de ese modo evitar los peligros del manejo de la nitroglicerina. Su objetivo era inventar un detonador de fulminato de mercurio capaz de controlar las explosiones de tan peligrosa sustancia; sin embargo, al año siguiente todo estuvo a punto de irse al garete por culpa de un error que produjo una explosión descontrolada de nitroglicerina que se llevó por delante la vida de su hermano menor, Emil —que

tenía veintiún años—, y de otros cuatro trabajadores. Tan terrible accidente le granjeó fuertes críticas, y desde entonces tuvo que soportar el sambenito de que, en determinados círculos, le tildaran de «científico loco» (*mad scientist*). Pero él, inasequible al desaliento, prosiguió sus experimentos. Estaba convencido de que si conseguía encontrar un material sólido poroso capaz de absorber la nitroglicerina podría controlarla sin ninguna clase de riesgos. Por fin, en 1867, dio con la tan ansiada roca maleable; se trataba de la diatomita (la tierra de diatomeas), con la que Alfred consiguió un polvo que podía ser percutido e incluso quemado al aire libre sin que explotara; lo cual únicamente ocurría cuando se utilizaban detonadores eléctricos o químicos. Había nacido la «dinamita», invento poderoso con el que se redujeron los costes en el ámbito de la construcción, la ingeniería y la minería, que a partir de entonces progresaron a una velocidad sin precedentes en la historia.

La dinamita, que se apresuró a patentar, hizo de Alfred un gran empresario que creó un imperio de factorías en más de veinte países. La importancia del explosivo creció hasta límites impensables cuando se tomó constancia de su papel, primero en el túnel de Soder, en Estocolmo, y después en el gran túnel de San Gotardo en los Alpes suizos. Desde entonces el nombre de su inventor se hizo célebre, hasta el punto de que, un año más tarde, en 1868, Alfred y su padre Immanuel fueron condecorados con el Premio Letterstedt de la Real Academia Sueca de Ciencias (la misma institución que, décadas

más tarde, se haría cargo de la administración de varias categorías de Premios Nobel). El galardón lo recibieron por «sus descubrimientos de gran importancia y valor práctico para la humanidad».

Parecía inevitable, sin embargo, que tan revolucionario invento puesto al servicio de la sociedad no atrajera las miradas de los que podían servirse de él con fines bastante menos altruistas; pasaba de ese modo la dinamita al lado oscuro de la paz, entrando en la aplicación bélica y homicida. La primera vez que se utilizó fue en la guerra francoprusiana (1870-1871), con tremendo pesar por parte de Alfred, que desde entonces, y en vista de la imposibilidad de dar marcha atrás, concibió el utópico proyecto de producir un material o una máquina de efectos tan devastadores que las guerras fueran imposibles ante el temor de los países a llegar a su propio y total aniquilamiento.

Animado por esa idea, Alfred siguió trabajando en el terreno de los explosivos, realizando nuevas invenciones como la *gelignita* o *gelatina explosiva* (1875), precursora de los explosivos plásticos, o la *balistita* o pólvora sin humo (1887), precursora de la *cordita* —otra modalidad de pólvora sin humo compuesta de nitroglicerina y algodón—, que al combinarla con acetona formaba una pasta prensada en forma de cuerda, de ahí su nombre. Sus inventos no se limitaron al ámbito de las armas; halló un sistema para la destilación continua del petróleo, invento que permitió el desarrollo petrolero en Rusia. A él se debe, asimismo, un tipo de freno automático aplicable al diseño y fabricación de calderas

a prueba de explosión. Investigó también la fabricación de materiales sintéticos y las telecomunicaciones y sistemas de alarma. Después de patentar todos sus inventos, fundó compañías para su fabricación y comercialización, primero en Estocolmo y Hamburgo, y posteriormente en Nueva York y San Francisco. Con esos y otros inventos, Albert Nobel, convertido ya en un referente en los ámbitos de la construcción, la minería y la ingeniería, aunque también en el de la industria militar, sentó los cimientos de una fortuna que se acrecentó con la explotación de campos petrolíferos de Bakú, en el Cáucaso.

En 1894 adquirió Bofors, una industria siderúrgica de hierro y acero, con la que devino en un importante fabricante de armamento. En total, Alfred Nobel registró 355 patentes y su nombre figuraba en las compañías Dynamit Nobel y Akzo Nobel. Y, en 1895, poco antes de morir, fundaba en Bengtsfors, Suecia, la empresa Elektrokeviskas Aktiebolaget, conocida por Eka, incorporada posteriormente por Akzo Nobel y dedicada a la producción y manufacturación de papel.

Un día de 1888, Nobel se sorprendió al leer en un diario francés su propio obituario, que llevaba por título «*El mercader de la muerte ha muerto*». Quien realmente había fallecido era su hermano Ludvig, pero tan macabro error acabó por exasperar el complejo de culpa que venía arrastando desde el trágico accidente en el que falleciera su hermano menor. Y, por más que, tres años más tarde, declarara: «quizás mis fábricas pondrán fin a la guerra el día en que

dos cuerpos de ejército puedan en un segundo aniquilarse mutuamente, todas las naciones civilizadas seguramente retrocederán con horror y disolverán sus tropas», su aprensión no hizo más que crecer hasta el momento de su muerte, acaecida por accidente cardiovascular el 10 de diciembre de 1896, en su villa de San Remo donde, melancólico y solitario (Alfred nunca se casó ni tuvo descendencia), pasó los últimos años de su vida. Tenía 63 años.

La sorpresa vino cuando se dio a conocer su testamento, que no era sino el último de una serie redactada a lo largo de su vida. En este último, firmado el 27 de noviembre de 1895 en el Club Sueco-Noruego de París, anunciaba que su fortuna (estimada en unos 42 millones de dólares) habría de emplearse en crear un conjunto de galardones destinados a aquellos que generaran «el mayor beneficio a la humanidad», en los ámbitos de la Física, la Química, la Fisiología o Medicina, la Literatura y la Paz. Veamos el fragmento de su testamento en que hace explícito tal proyecto: «la totalidad de lo que resta de mi fortuna quedará dispuesta del modo siguiente: el capital, invertido en valores seguros por mis testamentarios, constituirá un fondo cuyos intereses serán distribuidos cada año entre quienes durante el año precedente hubieran generado el mayor beneficio a la humanidad. Dichos intereses se dividirán en cinco partes iguales, que serán repartidas de la siguiente manera: una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento o el invento más importante dentro del ámbito de la *Física*; una parte a la persona que haya realizado

el descubrimiento o mejora más importante dentro del ámbito de la *Química*; una parte a la persona que haya hecho el descubrimiento más importante dentro del ámbito de la *Fisiología* y la *Medicina*; una parte a la persona que hubiera producido la obra más sobresaliente de tendencia idealista dentro del ámbito de la *Literatura*, y una parte a la persona que hubiera trabajado más o mejor en favor de la *fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz*. Los premios para la Física y la Química serán otorgados por la Real Academia Sueca de Ciencias; el de Fisiología y Medicina será concedido por el Instituto Karolinska de Estocolmo; el de Literatura, por la Academia de Estocolmo, y el de los defensores de la paz por un comité formado por cinco personas elegidas por el Storting (Parlamento) noruego. Es mi expreso deseo que, al otorgar estos premios, no se tenga en cuenta la nacionalidad de los candidatos, sino *que sean los más merecedores los que reciban el premio, sean escandinavos o no*». Así fue como Alfred Nobel buscó reparar su sentido de culpa.

En su honor, la comunidad científica acordó bautizar el elemento químico número 102 con el nombre de *Nobelio (No)*, un cráter lunar y hasta un asteroide, el (6032) *Nobel*.